

un momento y... recogiendo los billetes... se alejó al fin murmurando.

—¡Si será tonta! Rechazar así el bienestar y la ventura!

Poco después se perdía en las calles su gallarda figura, entre demostraciones numerosas de consideración por parte de las gentes que se descubrían respetuosas a su paso, saludando en él al *honorable y distinguido caballero* "cuyos espléndidos recibos, modelo de buen gusto y elegancia" hacían las delicias de la crónica periodística social.

M. D.

(o)

CINERARIA.

A la memoria de mi hermana Delfina.

[Para EL TIEMPO ilustrado.]

Es un recuerdo triste, doloroso, el de esas horas de amargura llenas; se abate el corazón; huye el reposo de las almas potentes y serenas. ¡No hay consuelo ante el cuadro pavoroso! para explicar las angustiosas penas que sufren nuestros tristes corazones, no hay palabra capaz, no hay expresiones.

II

Las sombras de la noche funerarias se alzaban de la tierra al firmamento, zumbaba por las calles solitarias con furia atroz el arrecido viento, y el solemne rumor de las plegarias se escuchaba en un tético aposento, donde tras larga lucha un cuerpo inerte yacía en los brazos de la muerte.

III

La luz amortecida de un gran cirio que vertía sus lívidos fulgores, alumbró en esa hora de martirio sus penas y agudísimos dolores. Perdido había el color cual tierno lirio que troncha el huracán en sus rigores, ó cual pobre azucena entre el follaje hollada por la planta del salvaje.

IV

Conmovióse mi alma entristecida y lloré con dolor, mi pobre hermana, al ver que ya tu suerte decidida no se apiadaba de tu edad temprana; al ver que allá en la aurora de tu vida se ofuscaba la luz de la mañana, y al rudo golpe de la negra suerte la cubrían las sombras de la muerte.

V

La mano del dolor posó en tu pecho. ¡Ay, en vano con ansia y con ternura cariñosa velando junto al lecho tu tierna madre el cáliz de amargura apartar pretendió! Bajo ese techo do soñaste en la dicha y la ventura; tus ayes de dolor, tu último grito habían de resonar. ¡Estaba escrito!

VI

Y llegado el momento tan temido vino la muerte con cansado paso; sin exhalar lamento ni gemido moriste, hermana, en maternal regazo, como mueren las aves en el nido, como muere la luz en el ocaso. Y yo en medio á mi pena y mi quebranto. No cesé de llorar. ¡Te quise tanto!

VII

¡Cielos! en vano á la remota esfera plegarias levante, del alma esencia, por contener la Mano Justiciera porque no arrebatase tu existencia; mas quizá en mi locura pasajera ofendí al que me diera la existencia, pues estaba mi pecho en su tristura inundado en la hiel de la amargura.

VIII

El llanto que vertimos en tu fosa

la tierra fecundó y brotaron flores; sonrisa del dolor, faz del que goza encubriendo sus íntimos dolores; así tú al sonreír casi dichosa quizá ocultabas crueles sinsabores; habías soñado en el placer profundo, feliz no podías ser en este mundo.

IX

Mas basta de llorar, que si mi pena es inmensa, sin límites, profunda, hay un consuelo que el pesar enfrena; y que en dulce esperanza al alma inunda; es un rayo de luz que el pecho llena de indecible emoción tierna y fecunda; mi santa religión consoladora que enjuga el llanto del que triste llora.

X

Pues que aquí donde vemos confundida con el polvo y miseria la grandeza, verter no debe el alma dolorida su llanto de dolor y de tristeza, que do acaba el martirio de la vida allí la vida de la gloria empieza, y el hombre ve al cambiar su adversa suerte las puertas celestiales tras la muerte.

XI

Brotó la luz fulgente de tu vida, breves instantes alumbró la tierra; la sombra de la muerte ennegrecida vino á apagarla tras de cruda guerra. Tus restos aquí están, niña querida, esta tumba severa las encierra, mas tu alma bella levantando el vuelo cruzó esplendente el estrellado cielo.

XII

Tus hermanos los ángeles al verte marchar á la región de lo infinito, vencedora del mundo y de la muerte, aplauso inmenso y de alegría el grito hicieron resonar, pues que el Dios Fuerte en su designio placido y bendito, quiso que un ángel más tuviera el cielo y un mártir más el miserable suelo.

XIII

Y en horas de quietud y calma pura á recibir el premio deseado subiste al cielo, angelical criatura, como el perfume ante el altar sagrado. Llena de gracia y cédica hermosura te contempla tu Esposo Inmaculado; ante tanto esplendor faltan ideas; mas ya eres celestial. ¡Bendita seas!

XIV

¡Ay! quién me diera convertir la nota en torrentes de luz y de ambrosia; y este suspiro que del pecho brota en cadencias de rítmica armonía, para que al verte en la región ignota, al lado de la espléndida María, mi pobre lira con amor vibrara y en soberbias estrofas te cantara!

XV

Porque es una gran dicha placentera la de esa tu alma candorosa y pura; palpita el corazón, la fé sincera presenta á nuestros ojos tu hermosura tal cual estás en la remota esfera. Para explicar la dicha y la ventura que inunda nuestros pobres corazones, no hay palabra capaz, no hay expresiones!

Jesus Palacios.

RECUERDOS PIADOSOS DEL HOGAR CRISTIANO.

RECUERDOS ¡ay! porque el hogar puede decirse, que no es ya cristiano; para hallar de nuevo las piadosas costumbres que nos proponemos reunir en estas páginas, nos veremos constreñidos á peir á nuestros infantiles años sus dulces emociones y sus suaves enseñanzas. ¡Oh! aparéceme de nuevo, hogar bendito que cobijaste mi infancia, hogar que

en el recuerdo tomas para mí, el aspecto de un santuario lleno y resplandeciente del espíritu de Dios.

En él nuestra alma se henchía lentamente de fé, de confianza y de respeto, porque veía á Dios en todo y en todas partes.

En él nuestro corazón se educaba en la verdad, en la firmeza, en la abnegación y en el amor, porque éramos amados sin complacencia, corregidos sin acritud y vigilados sin trabas, y sobre todo, porque nos acostumbraban paulatinamente á la privación y al sufrimiento.

Para las madres cristianas serán gratísimos tales recuerdos; y Dios, en presencia del cual los escribimos, les dará lo que á la semilla plantada por el viento, esto es, la facultad de florecer y producir fruto.

Los reunimos sin orden, tal cual se van presentando en nuestro corazón; tal vez de esta suerte sean más atractivos y más útiles.

Lo que en primer término llamaba la atención en las familias cristianas, era la presencia de la idea de Dios; Dios estaba en el aire que aquellas respiraban, Dios era el Señor invisible y omnipotente que daba, quitaba ó modificaba, y en quien era menester pensar antes que en toda criatura humana, y finalmente á Dios se recurría en todos los negocios como artículo fundamental del hogar.

Antes de habitar una casa nueva, la hacían bendecir; bendición que de tarde en tarde se renovaba cada vez que se había restaurado un aposento ó la casa era objeto de una modificación importante.

La bendición del sacerdote hacía descender del cielo la bondad, la abnegación mutua, la castidad y la resignación, virtudes más preciadas que las riquezas.

Prenda de paz y de prosperidad era también la bendición, porque Dios, doquiera vaya, trae la paz consigo.

Hacían bendecir el vestido nuevo que se estrenaba en las ocasiones solemnes; el del recién nacido, el del niño que comulgaba por vez primera y el que la desposada debía lucir ante el altar.

Y el vestido blanco del recién nacido, el velo de la niña, la cruz de plata del muchacho y el velo de la desposada eran cuidadosamente doblados y colocados en el sitio á que daban el nombre de tesoro.

Era para la madre una idea suavísima el poder, tras dilatados años, colocar en la cabeza de su hija, el día de su primera comunión, el velo que para ella había servido en idéntica circunstancia.

A las veces, ¡pobre madre! el velo conservado con tanto amor era enterrado con aquella á quien ella lo destinaba y había volado al cielo.

En otra parte hemos dado á conocer las patéticas palabras de una piadosa niña que de vez en cuando visitaba el tesoro de la familia para besar su vestido blanco y su velo de comulgante. «Paréceme, decía á su madre la niña, que me devuelven la dicha de mi primera comunión; y sonriéndose añadía: y como mi confesor me ha dicho que desde el punto y hora en que por impulso propio deje de verlos, dejaré de ser discreta, vengo á ver si todavía lo soy.»

Los campos, los animales de las granjas, todo lo que estaba bajo el uso del hombre, era bendecido. Dios era de tal suerte de la familia y ocupaba en ella un lugar tan prominente, que todos habrían mirado